

CIUDAD... ¿INCLUSIÓN O EXCLUSIÓN?

Angela María Franco Mejía

SÍNTESIS

El presente artículo, se constituye en una reflexión que contempla diferentes aspectos de la ciudad, con el único interés de llamar la atención del lector, acerca de la problemática urbana actual, especialmente en las ciudades intermedias colombianas, en el contexto de la globalización.

DESCRIPTORES: Urbanismo, Desarrollo urbano, Rehabilitación urbana, Sociología urbana.

ABSTRACT

The present article, constitutes it self in a reflection about different topics of the city, that only intends to attract the readers' attention about the urban problems nowadays, specially in Colombia's intermediate cities, in the globalization context.

DESCRIPTORS: Urbanisme, Urban Development, Urban Rehabilitation, Urban Sociology.

Pocos temas han suscitado tanto interés y han sido objeto de tantas disertaciones como la “**CIUDAD**”. Ésta, como organismo que se construye en respuesta a las necesidades de quienes desean habitar un territorio, va también sufriendo transformaciones ligadas a los acontecimientos relevantes a nivel local, nacional e internacional, de tal manera que nuevos sistemas de relaciones y modelos que operan con base en la ruptura de fronteras, sugieren cambios notorios en nuestro contexto y actuaciones que evidencian la penetración de elementos importados. De acuerdo a lo anterior, el fenómeno de la globalización como consecuencia del vertiginoso desarrollo de las comunicaciones, y un creciente deseo por la desaparición de fronteras, ha contribuido de manera contundente en la generación de respuestas arquitectónicas ajenas a la identidad

de las ciudades colombianas, cuya imagen debiera ser producto principalmente de la diversidad cultural en los diferentes ámbitos geográficos del país. Su creación histórica, como producto del aunado esfuerzo de comunidades que se construyen socialmente a partir del territorio, devela actualmente un proceso de des-significación con aquello que un día fue parte de la comunidad como hecho colectivo. Hago alusión en éste caso a los impactos de todo orden – social, económico, físico – generados por la transformación de las zonas céntricas de las ciudades colombianas, a través de procesos de renovación que a simple vista generan beneficios para una minoría, pero no contemplan en sus actuaciones a los antiguos habitantes y ocupantes de la zona, quienes son desarraigados y expulsados a diferentes rincones de la gran urbe.



Una reflexión en este sentido, expuesta por el geógrafo Miguel Antonio Espinosa Rico, durante el panel “Construyendo la ciudad viable” -realizado en la ciudad de Pereira en el año 2003 -, representa un punto de partida hacia la discusión que se plantea en el presente artículo, la cual trata de involucrar diferentes aspectos inherentes al desarrollo de la ciudad. En sus notas para la ponencia presentada en el panel mencionado, expone una reflexión enfocada a la ética y estética urbana en la ciudad colombiana contemporánea, haciendo una crítica contundente a los modelos de ordenamiento de las ciudades colombianas, la manera como se han llevado a cabo los procesos de renovación de las zonas céntricas de dichas ciudades y los impactos que en materia social se han producido a causa de éstos. Dentro de su disertación hace alusión – haciendo una comparación - a los majestuosos escenarios monárquicos construidos en París y San Petersburgo hacia el siglo XIX, citando a Marshall Berman quien expone acerca de las contradicciones e ironías de la vida moderna en la ciudad, que ofrece un ámbito deslumbrante y lleno de regocijo para algunos, pero que devela la miseria detrás del mismo, para otros. De igual manera, Espinosa hace referencia a casos colombianos en donde la expulsión y el des-

arraigo están a la orden del día en cuanto a los procesos de renovación se refiere: “No fue ni será suficiente con tapar los agujeros de los puentes de la calle 26, ni desalojar violentamente sectores de “El Cartucho”, ni vendedores ambulantes de los puentes de la Boyacá con autopista sur o Venecia, para citar solo los más espectaculares. Lo ocurrido en Bogotá, ventana para el país urbano, solamente evidencia que los poderes establecidos para el gobierno urbano priorizan un modelo de ciudad que ni antes, ni ahora, ni después, podrá dejar de operar una engañosa política de REUBICACIÓN DE LA MISERIA, alejándola de los espacios centrales en demanda por valorización y acumulación, para colocarla en otros lugares de las ciudades en los cuales el problema será, en primer lugar, para los residentes anteriores y , en segundo lugar, para los reubicados, expulsados ahora de los círculos en los cuales se movían como peces en el agua para solventar su sustento diario.

Tal es la estética urbana que por la época de la imposición violenta e institucionalizada del modelo neoliberal estamos viviendo en Colombia y América Latina entera, así en nuestras ciudades como en las del Perú; pero también en Ecuador y en Argentina, según lo reportan



los noticieros internacionales de dichos países. Como a Haussmann y a los ejecutores de su modelo en su tiempo, a los de hoy poco les importa lo que pase con todas las personas que reubican, pero acaso, ¿Alguna vez se le ha reconocido alma al capital?” (2003, Pág. 8)

La preocupación de la arquitectura como disciplina, además de dar solución a las necesidades de habitabilidad de los individuos que residen en un territorio determinado, debe procurar - desde el ámbito formativo - la creación de una conciencia que permita al profesional de hoy, actuar con responsabilidad social y en función siempre de los más necesitados.

La ciudad, como escenario que contiene el imaginario de todos – entendido éste como aquel territorio en donde construimos nuestros anhelos y sueños -, nos sorprende a diario con su inigualable capacidad para desarrollarse a pesar de nosotros. Aquellos que buscan un lugar para habitar, que desean un cobijo con requerimientos mínimos para el desarrollo de sus actividades cotidianas, dan solución a sus necesidades casi siempre con el apoyo de hábiles personajes que se ocupan de su organización a cambio de beneficios electorales. En estas condiciones, el caos, el desorden



dentro de la ciudad, pero principalmente el riesgo que representa para estos habitantes la ubicación de dichos asentamientos – generalmente en zonas expuestas a riesgo hidrológico o de deslizamiento -, nos obligan a repensar el papel que estamos desempeñando como partícipes en la búsqueda de soluciones a dichas problemáticas. Hemos pues condenado nuestros habitantes a condiciones de segregación, contribuyendo de esta manera a aumentar la brecha entre ciudadanos de diferentes niveles socioeconómicos.

Se denota pues el escaso compromiso que hemos demostrado, quienes abocados por el “encargo” hacia la creación de políticas tendientes al desarrollo de una ciudad incluyente, es decir, que tenga en cuenta a todos sus habitantes, hemos generado una ciudad para la minoría, la ciudad del recorrido, el gran centro comercial, aquella que sólo habla de una imagen aparente, pero que no abraza a aquellos que reclaman un lugar dentro de ella. De cierto modo, nuestras actuaciones – las de los profesionales – además de no estar direccionadas partiendo de prioridades que den solución a la totalidad de la población, han estado imbuidas por tendencias foráneas - tanto en materia de ordenamiento como en lo concernien-

te a los hechos arquitectónicos – que alucinan nuestros sentidos, ocasionando impactos de difícil involución. Grandes extensiones de plazas que no consideran las condiciones climáticas nuestras, edificios culturales no precedidos por una educación ciudadana para la cultura e inversiones estancadas en equipamientos urbanos, para los que no se plantearon las soluciones sociales pertinentes antes de su puesta en marcha, son sólo algunos de los aspectos que denotan ausencia de participación de los profesionales en dichas actuaciones o una actitud coonestadora con las mismas.

Pero lo que más debe preocuparnos es nuestra poca capacidad para generar respuestas acordes con las necesidades del hombre, es decir, espacios que además de cumplir con los requerimientos básicos de confort, posibiliten y promuevan la convivencia, espacios que alejados de concepciones erradas acerca de una estética urbana y arquitectónica contemporánea, den cuenta de la **capacidad reflexiva y humana que debe convocarnos a los profesionales de la arquitectura**. En torno a este asunto, Darío Ruiz Gómez considera que: “...desde la aparición de la primera Facultad de Arquitectura, de nuestro primer arquitecto graduado, se inicia este pro-

ceso típico de toda sociedad semicapitalista, semi-industrial, etc., que lleva a convertir la ciudad en el centro de una larga rebatía económica, que lleva a la destrucción sistemática de un patrimonio cultural en nombre de estos intereses, a una progresiva despersonalización de los espacios. Porque tanto el arte como la arquitectura no nacen como respuesta a premisas propias, sino que arrancan este punto de partida que les da un estilo internacional. No se plantea desde un punto de vista cultural el problema de una posible tradición, sino que se considera como “tradición” lo que en vagos y nebulosos términos podemos llamar una “estética contemporánea» (1997, p. 43)... “El fracaso de la estética contemporánea radica, como dijimos al comienzo, en su incapacidad de crear lenguajes. La impostación de diseños, de espacios que no nacieron de una necesidad consultada en el hombre en concreto sino de la vanidad de un creador solitario, llevó pues a ese proceso de la des-significación. Reducido a satisfacer los límites de un comercialismo, este diseño no pasó nunca de ser una mera función” (1997, p. 45).

Una tendencia errónea y generalizada de los arquitectos en creer que la arquitectura - y más aún el futuro de la ciudad - no debe ser producto



de un acto reflexivo –del acto de pensar – con sentido crítico, sino la consecuencia de la genialidad de un profesional que, convertido en artista pone su capacidad creativa al servicio de una sociedad ávida de las más extravagantes imitaciones internacionales, ha sido en parte motivada o gestada por escuelas o facultades de arquitectura que se convierten – como lo expresa Fernando Viviescas –, en “fábricas de arquitectos”, en donde se producen como en serie, profesionales a quienes les basta con tener ciertas capacidades creativas para desempeñarse en un campo profesional, que cada vez pide a gritos un compromiso frente a nuestras particularidades y reclama una capacidad creativa que, alejada sólo de la estética, contribuya a generar soluciones viables para las clases menos favorecidas.

“Arquitectos “fabricados” de tal manera que durante las últimas cuatro décadas, a medida que la ciudad colombiana iba creciendo, ellos, porque no tenían nada más que hacer, la fueron sembrando de edificios y desarrollos urbanísticos copiados ciegamente a la manera del peor estilo internacional (sin comprender la significación del pensamiento de la arquitectura moderna), y casándose políticamente con la planeación urbana – represiva y segregante- que selló la partición tajante de nuestras

urbes” (Viviescas, 1989, p. 241).

La ciudad como organismo vivo y cambiante, en la mayoría de los casos no depende de nuestro criterio impositivo para su desarrollo. Tenemos que ser lectores de una realidad que nos dicta pautas de intervención, a partir de la manera como ese ser vivo evoluciona y necesita constituirse en el espacio **para todos**. La inclusión, la convivencia, el encuentro y la posibilidad de generar ciudadanía, dependerán en gran medida del entendimiento y lectura adecuada que tengamos de la ciudad que deseamos crear, reconociendo que ésta debe suponer la existencia de espacios que propicien el encuentro colectivo. “Espacios públicos de encuentro de – y para la fundación de - la ciudadanía; hay dos aspectos que son concomitantes al propósito de construir la sociedad de manera nueva: consciente y colectiva, los cuales tienen que formarse en el proceso mismo de asunción y desarrollo de esa apuesta político-cultural: 1. la identificación del otro, de la diferencia, como parte fundamental de la conformación de la sociedad civil, en la construcción de la participación ciudadana y, 2. el reconocimiento de la complejidad de la sociedad y de su construcción, y ambos, además de ser retos del pensamiento, tienen que fundarse y desarrollarse en el encuen-



tro de las personas, en la conversación, en la discusión, en el intercambio de visiones y de propuestas, esto es, en el espacio público y en el despliegue de la libertad de pensamiento y de palabra.

Acá es donde se abre la posibilidad de la construcción de la solidaridad y se le da un piso sólido a la cualificación de la existencia mediante la participación ciudadana, la cual, para ser efectiva y creativa, debe ser consciente, calificada, esto es, ilustrada, deliberativa, construida en un medio de discusión y crítica.

En Colombia no hemos construido una cultura de la conversación, de la deliberación. Por ello vivimos matándonos unos a otros, aún sin conocernos, y tan lejos de la democracia, pues ésta es, en lo fundamental, conversación” (Viviescas, 2000, p. 56).

Haciendo referencia al texto de Viviescas antes mencionado, la segregación tajante se gesta como producto de una planeación utópica que no considera la acción participativa de todos los involucrados. La brecha se agudiza y en esta perspectiva los lazos de unión y hermandad entre diversos grupos se hacen cada vez más lejanos; las posibilidades para las clases solitarias y desprotegidas disminuyen, y se escurren entre propuestas

que no consideran sus necesidades a la hora de intervenir la escena urbana. Desprotegidos y sin posibilidad de ejercer control sobre su destino, deambulan, ocupan, trabajan y descansan en lugares “no asignados para tales funciones”, pero que surgen como respuesta lógica a la desesperación de aquellos expulsados de su hábitat original. La segregación entonces, no sólo referida a la de carácter físico, supone aquella dada por la separación cada vez más pronunciada entre ricos y pobres, entre lo público y lo privado y de alguna manera entre automóvil y peatón, pues cada vez son más los casos en que estos son incapaces de convivir, agredándose continuamente en una incansable lucha por el espacio urbano. Y así lo expresa Canclini en su ciudad de los viajeros - en donde presenta una radiografía de la antropología mexicana desde los viajes metropolitanos -, cuando se refiere a los dos bandos enemigos que luchan en las calles de México: “Vistas las cosas con absoluta imparcialidad, los enemigos que diariamente, hora tras hora, combaten en las calles de la ciudad de México, están agrupados en dos grandes bandos. De un lado, tres millones de capitalinos; del otro, cincuenta mil hombres que manejan otros tantos vehículos; automóviles particulares y de ruleteo, tranvías, camiones de carga y de pasaje-



ros.”. . . “confabulados choferes y agentes de tránsito, éstos no tienen otro oficio que dar el paso a los automovilistas, dejando que los peatones se las arreglen como mejor puedan a la hora de pasar las calles” (Canclini, 1996, 18). Vemos pues como la ciudad está al servicio del vehículo, objeto que además de representar constantes amenazas para la seguridad de los peatones, genera altos índices de contaminación ambiental – tanto atmosférica como auditiva – y excluye al actor principal de la escena urbana. Se hace pues necesaria una actitud de ambos bandos que permita un acercamiento amable, sin que deba prescindirse de ninguno de ellos en el ámbito urbano.

Pero la lucha por el dominio del espacio no es sólo una lucha de peatón y automóvil, es la pugna por la vida misma, de ciertos seres anónimos pero reales, que se hallan ávidos de lugares para permanecer o simplemente para sobrevivir, en una ciudad que muy poco tiene que ofrecer, tanto a sus necesidades de habitación como al desarrollo de su carácter gregario – espacios comunitarios que fortalezcan las relaciones interpersonales y promuevan el fortalecimiento de la ciudadanía -. Sin embargo, aún reconociendo la relevancia de estos aspectos en procura de un desarrollo más ar-



mónico y equilibrado, nos negamos ante esa realidad que yace subterránea - los habitantes de las zonas deprimidas, que inhalan los vapores de aquellas máquinas de viajantes acomodados - y con la cual la sociedad no ha saldado esa vieja deuda – de carácter social -. Y son aquellos habitantes de la noche oscura, los que a diario luchan contra el acecho de algunos que quieren desaparecer sus tristes vidas, para evitar pensar en soluciones viables para su problemática:

“Ráfagas caen sobre aquellos habitantes
 . . . de la noche oscura
 Aquella que trae muerte y desconcierto
 La alborada se hace eterna
 El frío acompaña el desvelo . . . e impide conciliar el sueño
 Porque el sueño en ellos, no es descanso . . .
 es su boleto al cielo”. (Franco, 2003)

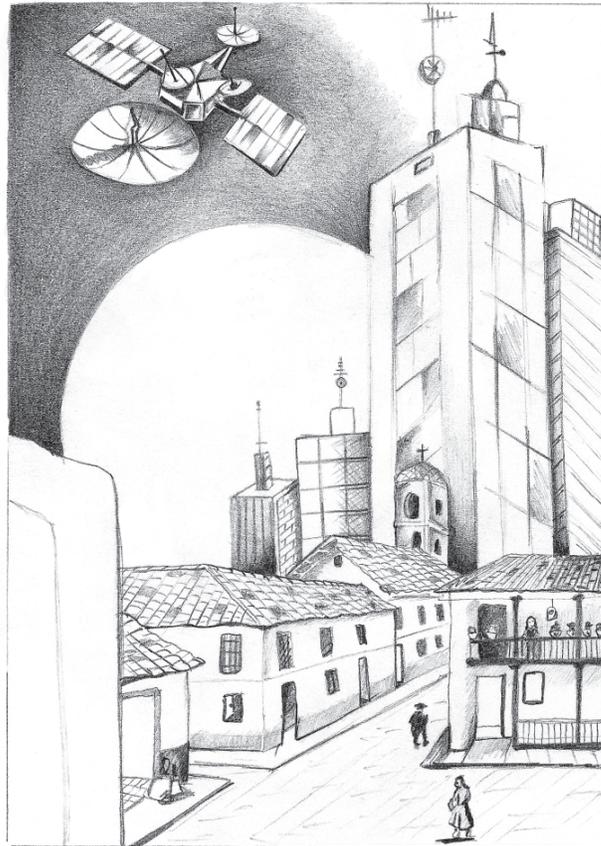
Enfrentados ante una realidad que puede tener salidas principalmente a través de una nueva conciencia en nuestro país, nos seguimos ufanando con los logros mezquinos de quienes promueven un renacimiento que - a la mejor manera de los italianos florentinos -, se instala en nuestros centros a costa del usufructo de la población desprotegida, aquella que resuelve su cotidianidad en el lugar que mejor se adapte para pasar el día o la noche, tratando de ganarle la partida a la lluvia y a algunos brotes de violencia que acechan su existencia. La lucha es ahora por la sobre vivencia, por la bús-

queda de una actividad que brinde soluciones para acallar el hambre de familias casi siempre numerosas y cuyos integrantes en su mayoría no sobrepasan los 10 años de edad. Como consecuencia, crece la actividad informal que atiborra las calles, esquinas, parques y plazas de los sectores céntricos de la ciudad, con las consecuencias sociales y que en materia de ordenamiento, trae dicha problemática. Ésta situación es expuesta de manera muy clara - haciendo referencia a la ciudad de Pereira -, por el arquitecto Diego Londoño García:

“La inseguridad, la delincuencia, el incremento de actividades económicas informales, la mendicidad y el desempleo son algunas manifestaciones que evidencian la situación crítica a la cual está expuesta la ciudad; se avecinan quizás grandes cambios en la estructura física de Pereira, nuevos embates so-

bre las áreas vacantes al interior del perímetro y muchas expectativas sobre el suelo de expansión; sin embargo, no se detecta la existencia de una política clara y coherente en materia de vivienda que pueda evitar o mitigar los impactos negativos que pueden derivarse de estos hechos” (Londoño, 2004, p. 57). A pesar de ser evidente una crisis que requiere de gran voluntad política para su solución, consignas como la recuperación del espacio público, el mejoramiento de la calidad de vida y una ciudad bajo trazados previamente establecidos, son las que a diario tratan de convencer-

nos de que las



CIUDADES - haciendo alusión a las ciudades intermedias colombianas, pero especialmente a la ciudad de Pereira -, deben deshacerse de aquello que avergüenza, que no es orgullo de lugareños y mucho menos de recién llegados. De acuerdo con estos planteamientos, nuestra



ciudad - Pereira -, deberá ser la ciudad recorrible y comerciable, en razón a una herencia que como rémora debemos tolerar como discurso. La gran vitrina comercial del centro, a la manera de los grandes bulevares parisinos, no se compecede con una realidad que a toda costa reclama la atención de una sociedad que hace mucho dejó de preocuparse por lo importante, como la humanización de la misma; lo urgente, lo prioritario, siguen siendo los grandes planes de infraestructura que requieren las ciudades para mejorar sus vínculos regionales y acceder de forma contundente a ese cúmulo de bondades, que creen, nos traerá un modelo fundamentado en planteamientos preconcebidos, que no consideran las condiciones propias de nuestra idiosincrasia y realidad económica. Nos olvidamos de aquella población de inmigrantes que han generado el crecimiento desordenado, con asentamientos espontáneos que intentan dar respuesta a las necesidades acuciantes de vivienda, no resueltas por ningún ente gubernamental. “La ciudad contemporánea en Colombia, ya no tiene lugar para permitir, como durante la segunda mitad del Siglo XX y marginalmente hasta nuestros días, el ocultamiento sociológico de los inmigrantes que llegaron a tomar posesión de las cañadas y las már-



genes de los ríos y quebradas, o de los bordes bajos de las cordilleras; el lugar de las invasiones de tierras urbanas periféricas fue paulatinamente reemplazado por los propietarios oferentes de lotes, para contribuir a agudizar la escasez ficticia creada entre ellos y los propietarios de tierras en los lugares geográficamente privilegiados de las ciudades. De esta manera, ante la indiferencia oficial, quizá cómoda por la ausencia de invasiones, floreció el negocio de quienes durante las últimas décadas le han impuesto a las ciudades colombianas su ritmo y direcciones de crecimiento, para el cual, como corresponde al papel “facilitador” del Estado Neoliberal, sólo resta el proceso de formalización e institucionalización que se convierte en hecho inevitable de conveniencia social y política” (Espinosa, 2003, p. 12). Dicha crítica coincide con las denuncias que he venido proclamando en ésta reflexión. La demanda de tierra urbanizable, la ganancia de adeptos votantes y la propiedad de unos pocos sobre el suelo urbano, son algunos de los aspectos que han marcado los procesos de urbanización en las ciudades colombianas. Políticos de turno, “conmovidos” por las carencias de inmigrantes desprotegidos, promueven desarrollos que implican desorden y caos para la ciudad, a cambio de un aumento de popula-

ridad representado en número de votos.

“La aparición de algunos personajes vinculados – directa o indirectamente – con la clase política local, propició continuas dificultades a los organismos encargados de la planificación y el control físico del crecimiento urbano, dado que la figura del “viviendista” (promotor de asentamientos espontáneos) retaba a los “desplazados” de aquella época a proveerse su lugar de habitación en terrenos de propiedad estatal o en áreas vacantes que parecían no tener dueño, con el interés de buscar el apoyo de estas comunidades para el logro de sus fines electorales.

Esta razón explica, de alguna manera, que muchos barrios de la ciudad se identifiquen de manera evidente con el nombre, apellidos, o incluso el mote, de reconocidos personajes de la vida política departamental y local” (Londoño, 2004, p. 52-53)

Se hace pues urgente un restablecimiento del orden en medio de un meollo de intrigas e intereses individuales que poco contribuyen al logro de una ciudad amable, participativa e incluyente. Quizás, hemos perdido aquel afable sueño en donde todos unidos lograríamos

un mundo justo, equitativo y más humano, aquel en donde como verdaderos hermanos tuviéramos posibilidad de compartir la tierra y el alimento que ésta nos regala, sin los egoísmos que los hombres nos empeñamos en tener. El mismo sueño que tuvo Tomás Moro, cuando señala en su “Utopía”, un régimen en donde el interés público se hallaba fortalecido y los valores de los hombres centrados en la convivencia, la familia y el trabajo común:

“La ciudad toda se divide en cuatro partes iguales, en mitad de cada una de las cuales hay un mercado donde se vende toda clase de cosas. En almacenes especiales allí sitos cada familia entrega los productos de su trabajo, que son repartidos según su especie en distintos almacenes. Cada padre de familia va a buscar allí lo que necesitan él y los suyos; y se lleva lo que desea, sin entregar dinero ni cosa alguna en cambio. ¿Por qué habrían de negárselo? Habiendo como hay profusión de todas las cosas, ¿qué miedo hay de que nadie pida más de lo necesario? Pues, ¿a quién se le ocurrirá pedir cosas superfluas si está seguro de no carecer de nada? El temor a las privaciones es la causa que hace ávidos y rapaces a todos los seres vivientes, y en el hombre, la soberbia, pues le hace vanagloriarse de la ostentación de cosas



superfluas para sobrepujar a los demás, vicio que las instituciones de Utopía no permiten en manera alguna” (1996, p. 86).

Grandes lecciones de vida nos da un hombre que en el siglo XVI, perseguía un sueño de igualdad, acallado por una sociedad individualista que procuraba el beneficio personal. Cuánto de esto nos invade hoy en nuestras ciudades, aquellas atiborradas por monumentos al progreso, por hitos que confirman la proliferación de capital y a su vez la depresión acelerada de un porcentaje alto de la población, que continúa en ascenso demográfico y descenso en cuanto a desarrollo se refiere. Es la lógica moderna del capital, la que produce una clara segregación socio espacial y coincide con la descripción que “Marshal Berman (1991), hace acerca de los procesos de transformación de las ciudades de París y San Petersburgo a principios del siglo XIX:

“En un polo podemos ver el modernismo de las naciones avanzadas, que se edifica directamente con los materiales de la modernización política económica y saca su visión y su energía de una realidad modernizada – las fábricas y los ferrocarriles de Marx, los bulevares de Baudelaire- aun cuando recuse esa realidad de manera radical. En el polo opuesto, encontramos un mo-

modernismo que nace del retraso y el subdesarrollo. Este modernismo apareció primero en Rusia, y del modo más espectacular en San Petersburgo, en el siglo XIX; en nuestros días, con la difusión de la modernización truncada y sesgada – se ha extendido por el Tercer Mundo. El modernismo del subdesarrollo se ve obligado a basarse en fantasías y sueños de modernidad, a nutrirse de la intimidad con espejismos y de la lucha contra ellos. Para ser fiel a la vida de la que precede, se ve obligado a ser estridente, basto y rudimentario. Se resuelve contra sí mismo y se tortura por su incapacidad de hacer historia sin ayuda, o si no, se lanza a intentos extravagantes de cargar con todo el peso de la historia. Se fustiga con un frenético auto desprecio y solo se mantiene gracias a sus enormes reservas de ironía. Pero la realidad grotesca de donde emana este modernismo, y las presiones insostenibles bajo las cuales vive y se mueve – presiones que son tanto políticas y sociales como espirituales - le infunden una incandescencia desesperada que el modernismo occidental, mucho más a sus anchas en su mundo, raramente puede esperar alcanzar” (Berman, 1991: 239 - 240, citado por Espinosa, 2003: 3).

Y es toda la carga impuesta por un sistema de valores nutrido por una



errónea idea de progreso, la que con su enorme peso invade el precario desarrollo, no sólo arrasando con identidades e idiosincrasia, sino sometiendo a quienes – por su condición – no participan en la lucha por carecer de armas adecuadas. Sólo unos pocos – aquellos bendecidos por la tierra – gozarán de los beneficios, que para otros son el mismo infierno.

Aún sin abogar por un sentimiento romántico que implique ponerle freno a la puesta en marcha del tan mentado desarrollo, y reconociendo que no son pocos los esfuerzos que a diario nuestras administraciones emprenden, para generar ideas en torno a la planeación de ciudades, considero necesario hacer un alto en el camino dejando de lado políticas poco flexibles en pro de un acercamiento a nuestras realidades y procurando el bienestar de la mayoría de la población.

El inundar nuestro paisaje con monumentos al consumo, que se jactan de ser productos del sistema globalizado y la internacionalización de la cultura, aumenta el desconcierto y permite la reinante confusión. Ésta, nuestra ciudad, la que un día nos perteneció, ahora se torna en un territorio anónimo, con espacios que repelen y que no se constituyen en la mejor salida hacia la construcción de ciudadanía, a través de ele-

mentos que generen identidad, arraigo y la construcción de lazos – hermandad – e historia.

El primer paso para el logro de objetivos encaminados a considerar todos los sectores poblacionales, será el de reconocer que existe una verdadera urgencia de cambio, en el contexto de un mundo globalizado en el cual se hace más urgente defender las particularidades nacionales y locales, en procura de la conservación de la identidad. En esta perspectiva, el ejercicio de la arquitectura debe llevarse a cabo con la responsabilidad que supone la resolución de un hábitat más humano, con posibilidades para todos los habitantes de la urbe; un hábitat que sea el resultado de un acto colectivo alimentado por varias visiones desde las diferentes disciplinas y desde puntos de vista de diversos actores. De este modo, la arquitectura deja de ser un acto solitario cargado de emotividad, subjetividad y arrogancia, para convertirse en tarea crítica, consciente, que responda a las verdaderas necesidades de los agentes directamente implicados y procure la optimización de los recursos existentes. Lo anterior, contribuirá a reivindicar nuestro papel como constructores de sociedad, entendiendo la ciudad – como hecho físico – como parte y contenedora de la misma.



Sensiblerías, podrían aducir algunos – aquellos que privilegian los intereses de unos pocos –, los que agitando la bandera del progreso, suelen comprometer hasta su propio juicio, en procura muchas veces de beneficios indirectos.

Debemos pues sentar cabeza y trabajar con sentido, en procura de la generación de un desarrollo acorde con nuestros requerimientos. La puesta en marcha de planes que defiendan la permanencia de la identidad, que se pregunten por el tipo de necesidades del hombre que habita la ciudad, que en vez de obstaculizar procesos contengan herramientas que los flexibilicen, no sólo permitirán poner en marcha un desarrollo a

la luz de hoy, sino enmarcado en políticas favorecedoras de experiencias renovadoras y gratificantes, para todos quienes habitamos el territorio en el que se asienta la ciudad.

Finalmente, en la conscientización hacia la construcción de un mundo nuevo, la Academia juega un papel fundamental, una vez que se constituye en el ámbito por excelencia para el establecimiento de reflexiones éticas, científicas, tecnológicas y estéticas, acordes con los requerimientos actuales. Sólo de esta manera, podremos abrazar aquel sueño de hermandad, que lograremos cuando el territorio común que habitamos, realmente sea la **“ciudad que todos podemos habitar”**.



BIBLIOGRAFÍA

RUIZ GÓMEZ, Darío. Ciudad y arquitectura: Tarea Crítica. Medellín: Universidad Nacional de Colombia Sede Medellín, 1997. 169 p.

MORO, Tomás. Utopía. Madrid: M.E Editores, S.L, 1996. 158 p.

GARCÍA, Canclini Néstor. Los dos bandos enemigos. En: GARCIA CANCLINI, Néstor, CASTELLANOS, Alejandro y MANTECÓN, Ana Rosas La ciudad de los viajeros. México: Editorial Grijalbo S.A. de C.V, 1996. p. 18.

VIVIESCAS, Fernando. Urbanización y ciudad en Colombia. Bogotá: Ediciones Foro Nacional, 1989. 280 p.

ESPINOSA RICO, Miguel Antonio. Ética y Estética urbana en la ciudad colombiana contemporánea. En: CONSTRUYENDO LA CIUDAD VIABLE. (2003: Pereira). Notas para el panel “Construyendo la ciudad viable”, convocado por el Consejo Territorial de Planeación de Pereira, la Alcaldía de Pereira y la Corporación ALMA MATER. Pereira: 2003. 13 p.

LONDOÑO GARCÍA, Diego (2004). “La Periferia y la vivienda popular...¿Factores de crecimiento, bienestar y/o desarrollo?”. En: Páginas. Revista Académica Institucional de la UCPR Pereira. No. 68, abril 2004; pp. 48 - 62.

VIVIESCAS, Fernando. Pensar la ciudad colombiana: el reto del siglo XXI. En: TORRES TOVAR, Carlos Alberto, VIVIESCAS MONSALVE, Fernando y PÉREZ HERNÁNDEZ, Edmundo La Ciudad: hábitat de diversidad y complejidad. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia Sede Santafé de Bogotá, 2000. pp. 40 – 62.

